perando el gran dia en que han de postrarse de admiracion y de amor á un tiempo mismo.

¡Cómo triunfa la religion católica en nuestras colonias orientales y occidentales, en la Persia, la Siria (1) y las Indias! Hace tan rápidos progresos en los Estados-Unidos, segun nos anuncian en el mismo instante que trazamos este cuadro tan consolador y lleno de esperanzas (2), que la mayoría de ellos será enteramente católica antes de un siglo. La América y los hijos de Mahoma en el clima ardiente del África, saliendo ya de su apatía, marchan aceleradamente hácia el catolicismo. El último combate se está dando en el seno de la Europa. No. . . . la Iglesia no perecerá en él. Si la Prusia desconoció por un momento sus derechos en la ilustre persona del arzobispo de Colonia, ya acepta con sumision todo lo que determina el soberano pontífice, y acoge reconocida al coadjutor (3) que éste ha designado. Si abusando de su numérica fuerza el consejo de Argovia de un solo golpe destruyó ocho monasterios, y quitó á sus moradores mas de diez millones, desde el Rhin hasta el Leman, desde los confines de Italia hasta las fronteras de la Francia, no se ha oido mas que un grito unánime de reclamacion contra aquella parte de la confederacion helvética, que sembró la desconfianza entre los hijos de una misma patria, y separó corazones que jamás debieron desunirse; resucitó los odios religiosos, y preparó la tea de la guerra civil. Si la España se despedaza porque ha olvidado al Dios de sus padres, tambien de lo alto del Vaticano ha descendido fuerte y magestuosa la voz del succesor de Pedro; y ¿cuántas lenguas no han protestado contra el abuso de un poder mal entendido, y contra los horrores de la impiedad y de la anarquía? Si el autócrata de Rusia asegura diariamente sus conquistas sobre el patrimonio de la religion católica, ¡cuántos generosos atletas se oponen enérgicamente á sus invasiones! Oimos los gemidos de la Polonia obligada continuamente á defender su fé de toda clase de perfidias. A pesar de que toda la habilidad británica no puede lograr encubrir los esfuerzos de su propaganda; y la ambicion de su celo bíblico á la par que de su diplomacia es cosa confesada por todo el mundo; no tememos afirmar que es muy gloriosa la perspectiva del catolicismo en la misma Inglaterra, en Escocia y en Irlanda. Es verdad que el aumento progresivo del cisma griego es un peligro amenazador para el Austria; pero sus veintisiete millones de católicos no pueden bajar la cabeza al yugo del czar. Tan envanecidos están de pertenecer á la Iglesia, que envidian la preciosa mision que ha tomado sobre sí la Francia, de fijar nuevamente la cruz en el suelo de África. Todos los monasterios católicos están florecientes en la Baviera y en la Holanda. La Italia y el Portugal son el fanal del universo en este instante en que se manifiestan señales de conversion en el seno de todas las sectas cristianas. Pero donde se siente con mas ahinco la necesidad de la influencia religiosa, es en la mas bella porcion de la Europa; eje en que se apoya todo el sistema social. Mejor tal vez que en ninguna parte comprendemos en Francia, *siempre* orgullosa de llamarse el reino *cristianísimo*, que el estado necesita una religion, el pueblo creencias y la sociedad un culto; pero una religion, unas creencias y un culto que liguen realmente á los hombres á sus respectivos deberes, y que por tanto tengan en su favor la sancion divina. De dia en dia viene la ciencia á rendir mas patentes homenajes á la Iglesia, y las mas elevadas inteligencias quieren que en adelante edifique aquella en vez de destruir, y que en lugar de negar afirme. Recíbese con aceptacion la lengua apostólica; apíñanse los corazones en derredor de los púlpitos, y muchos y denodados campeones, recobrando todas las impresiones de fe, no temen en su nombre triunfar completamente del mundo. A estos generosos corazones pertenece enarbolar el estandarte reparador de la fe y de las virtudes cristianas en medio de la indiferencia y corrupcion que nos rodean. Hay entendimientos reputados por muy juiciosos que vislumbran un resultado opuesto al que otros muchos entreven de los progresos triunfantes de este conjunto de ideas y de hechos á que llaman moderna civilizacion. El mas indisputable y general, sobre todo en Francia y en algunos otros reinos donde domina todavía el sensualismo, seria el debilitamiento de la fé y la esclavitud de la Iglesia.

No pueden olvidarse estas memorables palabras del señor conde de Montalembert, pronunciadas en la tribuna en Mayo de 1842: "En nuestros dias se ha ensanchado infinitamente la esfera de las agitaciones humanas: se han confundido y condensado en un círculo único é indefinido todos los focos en que en otro tiempo se dilataba la energía de los grandes corazones; mas por una deplorable compensacion, cuanto mas se ha agrandado la esfera de actividad y de influencia, mas han degenerado tambien los hombres llamados para figurar en ella; mas se han rebajado los caracteres; mas se han apocado las almas." Otros habian afirmado, que cuando el apostolado católico, para cumplir la dificil mision que le fué cometida en medio de los grandes centros de la civilizacion moderna, ecsamina el estado religioso y moral de la sociedad, le acontece á veces esperimentar las vivas angustias de una tristeza profunda. El docto señor de Ravignan (1) decia poco há: "Parécele que asiste á un espectáculo de descomposicion y de muerte; y contempla inmensas ruinas." En cuanto á nosotros, si nos es lícito emitir nuestra opinion sobre este punto, dirémos que la tendencia de los pueblos á las ideas religiosas, no menos que los males á que están espuestos, revelan á los ojos menos perspicaces la urgente necesidad de fé para nuestra época. Los mas temibles, y aun podrémos decir los únicos verdaderos enemigos de la Iglesia, son la ignorancia, el orgullo y la concupiscencia. Hablando de la religion, dijo

(1) Las violencias cometidas en la Siria en 1º de Octubre de 1841 por los drusos contra las poblaciones cristianas, han hecho salir mas brillante á la Iglesia del abismo en que se creia haberla sumergido.
(2) 22 de Mayo de 1841.
(3) El ilustrísimo Geissel.

(1) En su última conferencia de 1841 en la catedral de Paris.

un grande hombre: "Poca ciencia aparta de ella, mucha ciencia conduce á ella (1)."

No disputarémos á nuestro siglo que ha hecho infinitos progresos en las ciencias, letras, artes é industria. El gran movimiento que precipitó á unos pueblos sobre otros cerca de medio siglo há, produjo asombrosos resultados. El pensamiento comunicado por los aires ha aprocsimado á las naciones: dilatada el agua por el fuego ha triunfado de los tiempos y de las distancias; y la industria se ha provisto de alas. Lo que tenemos que sentir es la carencia de nociones profundas y ecsactas respecto de los principios religiosos. Aun la porcion mas ilustrada de nuestro siglo desconoce mas de lo que se piensa la verdadera doctrina del catolicismo. El profundo desprecio de la fe que la mayor parte de nuestros sabios hallaron en el mundo á su entrada en la carrera de la vida, la superioridad del talento y los brillantes triunfos conseguidos les ha persuadido de que no era digno de ellos ni aun averiguar los motivos por qué se habia creido en los tiempos añejos, y han desdeñado un estudio que les parecia poco importante. Ha habido una complacencia en repetir que la filosofía materialista é incrédula ha desaparecido, y que ha pasado su reinado. Estamos lejos de negar que ha principiado una era nueva para la filosofía en el siglo XIX. Es satisfactorio para nosotros hallar esta ocasion de pagar un justo tributo de elogios á los hombres de alta inteligencia, que han hecho á las ciencias efectivos servicios. A la filosofía de la sensacion de Loke y Condillac sustituyó el señor Royer-Collard la filosofía escocesa. Luego bajo la bandera del señor Cousin, que dió el primer impulso y abrió el camino, y de los señores Jouffroy, Damiron, Michelet, Lherminier, Guizot, Pedro Leroux, Salvador y Strauss, hemos visto propagarse *el racionalismo ecléctico, humanitario, hermesiano:* sistemas mas ó menos empapados en el espíritu del panteismo. Los límites de un prólogo y el objeto principal que en él nos proponemos, no nos permiten esponer ni refutar estas diferentes teorías filosóficas: nos reservamos hacerlo completamente en el cuerpo de la obra. Bástanos indicar aquí el mal en la moderna tarea de los entendimientos. La tendencia es á emancipar la razon humana del yugo de la fé: claramente *el orgullo*, y perdónesenos la espresion. El hombre no quiere dar oidos mas que á sí propio: limitado por el estrecho horizonte de sus pensamientos, se resiste á la dependencia del supremo sér, y no quiere soberano superior á su razon y libertad. Disputa á Dios el derecho de cautivarle con el yugo de las verdades reveladas, y no quiere recibir de él ni luz, ni sabiduría. La ecléctica en lugar de escoger todo lo mezcla y confunde: su doctrina es el sí y el nó, lo verdadero y lo falso, aceptados con igual diferencia, es un incomprensible escepticismo [2]. La filosofía *humanitaria* saluda á la religion futura y los inmensos progresos de la humanidad, porque en lo presente no quiere nada finito, nada positivo, nada superior á los estravíos de su pensamiento: anda buscando siempre sin hallar jamás. Fatigada de las oscilaciones de la duda viene á ser un juguete, engañado con grandes y hermosas sentencias. El hermesiano de las orillas del Rhin nada esplica por esplicarlo todo, y suprime la fé para llegar á la soberanía de la razon. En todas partes se ven doctrinas que se han declarado independientes de Dios, y que andan errando en las regiones profundas de las tinieblas como antorchas azotadas por el viento y que se apagan en la borrasca. Si del recinto de la filosofía pasáramos al anchuroso campo de la literatura de nuestra época, no podriamos menos de hacer notar á nuestros lectores la reproduccion de estos diversos sistemas filosóficos, presentados con los mas ricos colores de una brillante imaginacion [1]. El periodo de los tiempos que recorremos, es sin duda una de las épocas mas grandes del entendimiento humano, por la variedad de las producciones literarias. En este punto poco tiene que envidiar á los siglos de oro de Alejandro, de Augusto, de los Médicis y de Luis XIV. Todos los géneros de literatura reciben en Francia culto de los ingenios; y la rodean con su influencia las ciencias y las artes salidas de la sociedad para embellecerla. Gloria y honor á los hábiles escritores, que habiendo escavado entre los escombros de cetros rotos y templos derribados, hallaron los vínculos que en vano se habia intentado destruir. Honor y gloria á los historiadores, publicistas y poetas, que se distinguen por la investigacion de lo verdadero y de lo bello. Su nombre quedará grabado en la columna de los siglos. Pero habiendo entrado la Europa en un sistema mas lato de ideas sociales, es la parte del mundo que mas se ha unido por las conquistas de la inteligencia. Aplican á las necesidades de sus diversos pueblos la mayor generalidad de miras y pensamientos que cambian y reunen todas las partes de la ciencia. Sin embargo, debemos confesarlo, esta grande fuerza de la razon general, en Francia, en Alemania y en Italia, ha ecsaltado la sensibilidad, escitando el pensamiento de todos modos, mas bien que reunido las inteligencias á las verdaderas tradiciones de los tiempos pasados. Estamos habituados á no sorprendernos de nada, y no hallando en las realidades que nos rodean cosa capaz de admirarnos, solicitamos la vida ideal. A veces le pedimos mas de lo que tiene, y á nuestras facultades mas de lo que pueden. Entre tantas formas como desaparecen, tantos rumores que se alejan, y tantas mudanzas que se olvidan; en el perpétuo cambio de personas y cosas de que somos testigos, nos entretenemos alguna vez en divagar en los delirios de inciertas contemplaciones, en vivir de ilusiones, en estasiarnos, y en nadar en vagos y fugitivos afectos, en los espa-

(1) Bacon.
(2) "No escluir nada, aceptarlo todo, comprenderlo todo, esto es propio de nuestro tiempo," decia el señor Cousin hablando de la doctrina réligiosa. Cousin *tomo I de Filos.*

(1) En el año de 1841 se han publicado trescientas treinta y seis colecciones de obras poéticas: casi todas parecen vaciadas en el mismo molde: árido escepticismo, ecsistencia cansada, frente abatida, corazon consumido. Cualquiera diria que sus autores no saben ya qué partido tomar, y gimen del funesto prosaismo que domina la época. (*Universo religioso* del 22 de Mayo de 1842.)

cios incomprensibles del pensamiento. Y de aquí procede el encanto de una nada cubierta de adornos, de esas frivolidades brillantes, de todas esas bellezas artificiales y falsas que no há mucho amenazaban arrastrar á la mayor parte de nuestros ingenios consumidos por la melancolía de un deseo sin esperanza. De aquí la ecsaltacion romántica, enriquecida con los tesoros del género sentimental, y estraviada de uno y otro pensamiento como las olas murmurando vagamente en sus indecisas emociones: de aquí ese romanticismo religioso, dolencia característica de nuestra época [¡tiene tan íntima conexion con el racionalismo!] En tanto que se pondera la religion natural con cierto aire sentimental que seduce á los que se paran en las apariencias; con el arma de esa fina y delicada ironía, que todo lo encienta sin penetrarlo, y que á todo se resigna sin aplaudir nada, se arrebata á la moral su sancion, y se la despoja del sello que testifica su legalidad; ó si no, desconociendo las causas providenciales, el lógico enlace y la correlacion de los sucesos entre sí, se detienen en analizar solo los hechos, y entre lo pasado de que se reniega, y lo porvenir que no cede á sus votos, se escoge la ancha y terrible senda del esceptismo. Este es el mal en toda su desnudez. ¿Y cuál será el remedio? La sumision del hombre á Dios por medio de la fé: sin ésta la ciencia hincha y trae en pos de sí la ecsaltacion de las pasiones. Por otra parte es muy necesario que Dios reine, y no puede reinar en los entendimientos sino por la fé.

Otra necesidad de nuestra época es el progreso. Cualquiera que sea la materia de que se trate en el dia, y bajo cualquier aspecto que se la considere, se agita en el fondo una inevitable cuestion, que anima á los mas tímidos y provoca la discusion; la cuestion del progreso. En todas partes se oye repetir que se quiere hoy que el hombre se ilustre, y que los intereses materiales tomen nuevo impulso. Por nuestra parte declaramos en alta voz que no somos ni queremos ser partidarios del oscurantismo. Aplaudimos de todo corazon los esfuerzos de nuestro siglo, que adelanta á la par todas las ciencias humanas, porque honran al hombre é ilustran la patria. Siempre admirarémos en sus perseverantes investigaciones á los hombres ingeniosos que consagran sus laboriosas vigilias á las especulaciones del pensamiento humano. Pero amargamente deplorariamos que gastasen su vida en tareas que fuesen nulas en la realidad, por mas brillantes que pareciesen sus resultados. Impórtanos pues definir bien lo que nosotros entendemos por progreso. A nuestro modo de ver, el progreso es la natural gravitacion, por la cual los hombres y los pueblos deben propender á acercarse á la inmóvil y eterna verdad, que es *Dios*. Así para la inteligencia el progreso es la perfeccion del humano entendimiento, que se arroja hácia la verdad infinita valuada bajo diversos conceptos. Para la sociedad el progreso es todo adelantamiento de la especie humana, que se llama en la historia civilizacion. En nuestro juicio, para que haya efectivamente progreso social, es necesario que se esfuerce la sociedad para acercarse á Dios en sus instituciones humanas, y en todas las formas variables de su ecsistencia. Así resumimos el progreso social en la civilizacion cristiana, cuyo principio está en la caridad y los deberes grandes que impone. Hacer á los hombres mejores y mas cristianos, dirigir ordenadamente la inteligencia humana y la industria en sus pacíficas conquistas, es trabajar para la perfeccion social. Sin duda esta aclaracion será suficiente para que nuestros lectores se persuadan de que no entendemos el progreso en el sentido de los filósofos contemporáneos, cuyos principios tratarémos de esponer claramente para juzgarlos sin ecsageracion. No decimos pues con el señor Cousin, á quien debe atribuirse el honor del movimiento filosófico de nuestro siglo: que el error no es otra cosa que una verdad incompleta. El error es una pura negacion, opuesta á la verdad lo mismo que la nada al ser, y el bien al mal. Así es que para nosotros la ley del progreso intelectual no consiste en el sucesivo predominio de ideas esclusivas que deben desaparecer despues de recorrer su periodo; sino en el movimiento ascendente del entendimiento humano hácia la invariable y eterna verdad. El señor Lherminier, saltando el círculo en que el señor Cousin encierra el progreso, y del cual no se puede pasar, ha proclamado la perfectibilidad indefinida [1]. Por muchos que sean los esfuerzos del hombre para adelantar, siempre irán á estrellarse en un límite que no le es posible traspasar, el espacio inmenso que media entre lo infinito y lo finito. No puede suponerse que entendemos el progreso á modo de los sansimonianos: la sensatez púclica los ha juzgado, y han muerto despues de arrebatar la admiracion durante unos dias de delirio. Creyendo en la vida futura distinguimos el bien del mal, y no limitamos el progreso á una simple organizacion material. Nos guardarémos muy bien de seguir al señor Pedro Leroux á las nubes á que se remonta, temiendo alimentarnos con fantasmas; antes nos permitirá que enunciemos una verdad conocida de los antiguos por mas que él diga: el hombre es perfectible; la sociedad humana es perfectible. Pero no afirmarémos jamás, como él, que el progreso es *una serie incesante y continua de perfecciones* [2]. No, no podemos admitir en el mismo sentido la perfectibilidad indefinida de la naturaleza humana y la propiedad ilimitada sobre todos los seres. Dejémosle marchar solo y arrogante á la conquista de una utopia [3], mientras llegamos al punto en que tratarémos de esplicarnos. Feliz él si las nubes en que vuela no se condensan alguna vez en tan terrible forma, que produzcan borrascas. Con mucha mas razon no nos juntarémos á aquellos filósofos, historiadores, poetas ó especuladores políticos, que piden al tiempo venidero no sabemos qué nuevo cristianismo, que segun ellos correspondería á la necesidad que esperimentan de rejuvenecerse y repararse. Cada uno quiere formar una

(1) Tomo II, pág. 255.
(2) *Libro de la humanidad*, tomo I, pág. 180, 188.
(3) Condorcet dicen que esperaba que á fuerza de perfectibilidad llegariamos á no morirnos.

religion, y todos no pueden producir un error. Se toma y se deja: se confía en los pensamientos de la mañana, si no es en los sueños de la noche: á veces tambien sueñan despiertos y en pié, y luego todo se convierte en humo y se disipa como éste. Que las obras del hombre sean variables, y admitan progreso, no nos sorprende; pero ¿quién puede introducirle en la obra de Dios? El carácter de toda doctrina puramente humana es la variacion, la mudanza. Nacer, variar y luego morir es la condicion natural del hombre y de sus obras: el carácter divino es enteramente opuesto, ni variar, ni morir. Así el catolicismo es el único que no consiente innovaciones. Inmutable en medio de la perpétua instabilidad de las doctrinas humanas, permanece siempre el mismo y sobrevive indestructible á todas las vicisitudes. El catolicismo es lo que ha sido hasta nuestros dias, y lo que será hasta el último instante en que se cierren los anales del mundo. No concebimos nada mas desgraciado que la persuasion de ciertos entendimientos, que quisieran acomodar el catolicismo á los sistemas y caprichos de cada siglo, como si pudiese la eternidad plegarse á los tiempos, y arreglarse lo infinito por lo finito. La Iglesia católica prosigue su carrera por entre los siglos: invariable en medio de la fluctuacion del entendimiento humano, no deja de fecundar con su genio inmortal todas las trasformaciones sociales que el curso de los siglos acarrea. Así vemos con qué solicitud acude diariamente á santificar con su consagracion los productos de la industria. Que se abran nuevos canales: que se unan las orillas de los rios por medio de puentes colgantes: que se boten al mar nuevas máquinas de vapor ó que surquen la tierra: que desaparezcan las separaciones y que se acorten las distancias: que el pensamiento sea rápido como el viento y fecundo como la naturaleza: que florezcan las ciencias y las artes; esto es lo que quiere nuestro siglo y lo que sanciona el catolicismo con todo su poder.

Habiéndonos esplicado suficientemente bajo este respeto, no nos queda ya sino hacer constar una de las necesidades de nuestra época. La naturaleza del hombre y el estado de civilizacion de las sociedades modernas propenden incesantemente hácia el progreso material, intelectual y social. Ecsaminemos todas las clases, penetremos en todas las moradas, preguntemos á las diversas edades de la vida: en todas partes oirémos hablar de algun objeto que escita la curiosidad de los hombres. Busca uno desconocidas plantas: otro nuevas estrellas que nombrar: el economista procura descubrir las mas secretas leyes de la naturaleza, y el político resolver los principales problemas de la organizacion social: suspira el navegante por costas no esploradas aún, y el escritor trabaja para comunicar al sentimiento y al pensamiento nueva fuerza: y el oido atento trata de combinar sonidos que puedan producir efectos hasta el dia inauditos. Todos aspiramos al progreso; y la pregunta ¿qué hay de nuevo? se repite de boca en boca en toda la tierra. Para satisfacer la avidez de la ciencia, que es una de las mas ardientes pasiones de la naturaleza, el hombre desde el alto trono en que le colocó la mano de Dios, pregunta á las naciones destruidas, y levanta de sus ruinas en el mundo de la historia las ciudades é imperios que el tiempo se ha tragado. Penetra con el hilo de la análisis en la mano el laberinto del pensamiento, sondeando sus mas sinuosas revueltas; las sigue en sus combinaciones y esplanaciones, y se vale en estas escursiones á los datos del mundo físico de los recientes descubrimientos como escalones para aspirar á nuevos resultados. Repetimos sin cesar la palabra progreso. En la acepcion que le hemos dado, es una de nuestras necesidades; le creemos propio de esta época: así nos atrevemos á reclamarle para nuestro siglo.

Otra necesidad de nuestra época es la tolerancia para con nuestros semejantes, el apoyo mútuo, un espíritu de fraternidad y de union; espresiones diversas cuyo sentido se reasume en estas dos sublimes palabras, caridad y amor. Se ha dicho, y con justa razon, que se engañan de un modo muy estraño aquellos que no ven revoluciones sino en los violentos cambios de los diferentes gobiernos mas ó menos tutelares del órden público y de la seguridad individual. Estos torbellinos, cuyos anchos contornos arrastran los hombres y las cosas, derivan de la propagacion de las doctrinas irreligiosas. Digámoslo con mas precision; son las rigorosas consecuencias de la rebelion de la razon contra la fé, de la rotura de los anillos de aquella misteriosa cadena, que reune todas las potestades morales, desde la autoridad paterna hasta la omnipotencia divina. Desde entonces se rompe el freno de las costumbres y aparece la licencia: la sátira lanza á todas partes su mortal aguijon, y nada hay sagrado que ella no acometa. Religion, gobierno, leyes, honor, deberes, virtud, todo se presenta como problemático. Esta es la causa de esas conmociones sociales que ha esperimentado el mundo; de esa desazon que sentian no há mucho diversas naciones; de esas intestinas divisiones entre los miembros de la gran familia, á quienes la comunidad de sentimientos y de intereses no debia inspirar mas que un solo deseo, el mantenimiento del órden y de la prosperidad del pais; de la ecsasperacion de los ánimos, de esa habitual murmuracion, de esas recíprocas desconfianzas, cuyos motivos parece que no pueden justificarse por nada entre nosotros. Sin duda la filosofía del siglo XIX ha enarbolado otra bandera que la del precedente; pero los sentidos no han abdicado su humillante imperio. El sensualismo se enseñorea todavía de muchos entendimientos, porque domina muchos corazones. Se han llegado á juntar los errores del raciocinio á las pasiones desordenadas, y organizar la corrupcion conciliandola con *no sé qué* ideas religiosas; por fin se ha proclamado abiertamente la rehabilitacion de la carne. El hombre educado en la escuela del racionalismo no ha tenido mas que un pensamiento libre y desordenado, é inclinaciones indomables. El vicio ha pasado á ser habito en él: se han roto y como desconocido los vínculos de familia: la medida de los progresos obtenidos han sido las maquinaciones tenebrosas y los motines. En vano han ensayado los

partidarios de S. Simon, de Fourrier y de Owen la transformacion social de las clases laboriosas. Mas estas sectas, al paso que querian cambiar las bases sociales, civiles é industriales de la sociedad, sin echar de ver que su reforma puramente industrial implicaba el uso de las fuerzas de las pasiones, han tratado de edificar fuera del terreno de la fé, y no han contado para nada con la reforma moral de la multitud: así es que su edificio se ha arruinado. Las sociedades secretas, los regicidios, las asonadas, Fieschi, Pepin, Morey, Alibaud, Meunier y Darmes, quedan solos para dar testimonio á todos los siglos de la aparicion de esas funestas doctrinas que propenden á trastornar toda organizacion social, invistiendo con la omnipotencia á una voluntad emancipada de los principios reguladores. Muy dificil seria para nosotros enumerar todos los libros, libelos, folletos y periódicos que aparecen todos los dias para estraviar á los pueblos, haciéndolos artífices de su propia ruina. Parece que tomando prestada la voz de la razon se subleva á las mas fogosas pasiones: á nombre de la humanidad que sufre, se proclama la rebelion: en nombre de los derechos del hombre se sanciona la espoliacion: con los derechos de la inteligencia en los labios se escitan en la multitud instintos de la fuerza brutal; y á nombre de la fraternidad evangélica se apela al odio y á la venganza. Afortunadamente si la depravacion y el escepticismo tienen secuaces, la verdad y la moral cuentan tambien con sus apóstoles. Mas allá de la atmósfera de sociedad política, en que se refugia la parte menos activa de la sociedad, se encuentran hombres animosos, firmes en el bien, y confiados en la Providencia. Así no puede negársenos que la generacion actual, cansada de esas vanas utopias que han aclimatado el error; y de esas quiméricas abstracciones que á tantos engañaron, harta ya de proyectos hipotéticos, quiere una doctrina aplicable á las relaciones de la familia y de la sociedad, inspiraciones fecundas de que pueda la humanidad recoger todos los frutos. No quiere mentiras, sino la verdad, convicciones para su entendimiento, goces suaves para el corazon, todo aquello, en fin, que pueda llenar la necesidad que tiene de alcanzar unidad y descanso.

Despues de estas observaciones que nos han parecido propias, tanto para sentar las verdaderas necesidades de la sociedad en el siglo XIX, como para fijar el sentido en que nosotros tomamos estas tres palabras, *fé*, *progreso*, *union*, capaces de recibir acepciones diversas; es imposible la ilusion, y seria indisculpable cualquiera crítica que se nos dirigiera. Ya no nos queda mas que tratar de demostrar los medios de proveer á estas tres necesidades, y atraer las opiniones divergentes á estas convicciones si podemos. Tal es la dificil cuanto honrosa tarea que ha caido en suerte á nuestra pequeñez. Es sin duda un combate; pero un combate en el que no vemos otro contrario que el error, sin que nada pueda debilitar jamás el amor que profesamos á todos nuestros hermanos. Hemos esperimentado con bastante frecuencia que no es imposible terminar felizmente estas lides con la franqueza al esponer su pensamiento y la mesura en las espresiones. Estas armas serán hoy, como siempre, las nuestras, y con ellas vamos á tratar el grave asunto que absorbe nuestra atencion. En vano hemos estudiado y profundizado los diferentes sistemas filosóficos y de economía social que campean en primera fila en el mundo científico. No hemos podido descubrir en ninguno de ellos el verdadero manantial de donde debe salir el elemento reparador de nuestras agotadas fuerzas. Parécenos que este sale, como el fruto de la semilla, de un elemento enteramente divino, del *catolicismo*. Acaso esta proposicion sorprenda á aquellos que han podido decir formalmente y con notable tono de sensibilidad: que la debilidad y la grandeza del catolicismo consistió en querer atender á todas las necesidades del hombre (1). Quizá escitará la delicadeza de los que acusan la verdad del cristianismo de haber adoptado como tema favorito y cosa convenida, que el hombre nada alcanza con su razon, y que sus pensamientos son lo mismo que un mar embravecido, cuyo solo puerto es Jesucristo (2). Tal vez se verán obligados á concedernos la justicia que se nos debe, si antes de aventurar un elogio ó censura se colocan en cierto modo en el centro de nuestros pensamientos, para penetrarse desde allí del conjunto de ellos y juzgar de su trascendencia.

No vamos á ultrajar la razon humana, antes bien á justificar sus derechos. Aunque sin duda imprescriptibles, no pueden menoscabar la fe, cuyos beneficios vamos á proclamar. No cesa de repetirse que el catolicismo es obra de los hombres, y que pasó su tiempo: que es un plan pobre, una supersticion, un hecho vulgar, incoherente, que no se puede sostener á la faz de la ciencia. Dícese que se ha agotado el manantial de sus inspiraciones.

Ha habido una complacencia en representarle como un hecho solitario, fuera del cual se consuma todo progreso. Esforzándose por establecer un fatal antagonismo entre él y la perfeccion material de los pueblos, se ha procurado persuadir que es el enemigo natural de la agricultura, de la industria y del comercio; y no se han escaseado las acusaciones de intolerancia y de egoismo contra él.

Dando valor á ciertas consideraciones de interes actual, cuyo alcance se estiende á lo pasado lo mismo que á lo venidero, probarémos el hecho divino del catolicismo. Procurarémos demostrar que lejos de ser una rémora nos impele á marchar hácia adelante: que engrandece el pensamiento del hombre y dilata su corazon: que en vez de detener el carro de la civilizacion ha continuado siendo el principio de la mas elevada perfeccion material y social: que su espíritu es esencialmente un espíritu de paz, de tolerancia, de caridad y de union.

No, el estandarte del catolicismo no es una bandera de division, ni de odio, sino de reunion y amor. No hay que quitársela á un partido para dársela á otro: debe quedarse donde está, en el centro de todos los campamentos, y reunirlos por los lados en

(1) El señor Michelet. *Prefacion de las Memorias de Lutero.*
(2) El señor Cárlos de Remusat: *Ensayo de filosofía.*

que tienen puntos de contacto, por la conciencia y la fé. Todos ellos pueden ver el límite que los separa de él, y enterarse de los poderosos motivos que hay para traspasarle.

Cuando se conoce bien la verdad católica, es tan sencilla, tan bella, tan razonable, que proporciona al alma fiel la mas íntima y verdadera felicidad. ¡Cómo la echa uno de menos sin querer cuando está separado de ella! porque deja en el alma un vacío inmenso. Casi bastaria aborrecer la turbacion para volver á ella. ¡Qué felices seriamos si alguna alma agitada se dedicase á amarla otra vez! Ya hemos manifestado el objeto de esta obra, que es interesante por su oportunidad. Dedicada á todas las clases, á todos los estados, á todas las edades, nos atrevemos á recomendarla mas especialmente á la juventud de hábitos formales y tan rica en esperanzas, como un testimonio de celo y una prenda de amor. Sin omitir nada en la eleccion de pruebas, no consistirá en nosotros si su estilo, tan distante de la afectacion como de la trivialidad, no reuniere la gracia á la sensibilidad. Procurarémos no olvidar ninguna de las formas capaces de conciliarle interes. La escolástica no nos ha parecido que le convenia. En sentir de los hombres juiciosos, la mejor defensa del dogma católico y de la fé toda entera consiste hoy en una esposicion fiel, clara y fuerte de los principios que constituyen uno y otra.

Para alcanzar el fin que nos hemos propuesto, bastará considerar la constitucion del catolicismo en sus relaciones con las necesidades de las sociedades modernas. Pasando despues á los estudios históricos para discutir los hechos, terminarémos con el juicio de la filosofía del siglo XIX, de las principales disidencias de culto y de los diferentes sistemas de economía social de nuestra época. Estas últimas consideraciones se dirigirán á demostrar que estos varios elementos de organizacion social están en poca armonía con las necesidades manifiestas del siglo actual. Felices nosotros si podemos lograr reunirlos á los verdaderos principios de que dependen la salvacion de los pueblos y la prosperidad de los estados.

En un cuadro tan estrecho y donde la vista abarcará tan estensa heredad, podrán sin duda escapársenos algunos ramillos del árbol de la ciencia, y otros se cogerán incompletamente: si no salimos bien, á lo menos que se tengan en cuenta nuestros esfuerzos. Nuestras faltas no serán inútiles á quien intentase rectificar la obra; y si no nos fuese dado á nosotros mismos repararlas, con gusto dejariamos á manos mas hábiles un cargo que sobrepujaria á nuestras fuerzas. Bastante dichosos nos consideramos en presentarnos hoy á decir á nuestro siglo palabras de resignacion, de paz y de union.

Inmensa es la carga que hemos tomado; y solo á las reiteradas instancias que nos han hecho, se debe nuestra determinacion de levantarla. Justamente nos asustariamos al considerarla si no nos atrevieramos á esperar que el autor de todos los dones sostenga nuestra debilidad.

Dígnese de venir en aucsilio nuestro este Dios de clemencia, y derramar sobre nosotros y sobre esta obra emprendida únicamente en gloria suya las luces que no pueden brotar sino de su seno. Haga por fin conocer á los hombres lo que acaso una dura esperiencia les ha demostrado en vano, que la union, la paz, la verdad y el progreso no se hallan donde él no es conocido, amado, servido y adorado; y que sola la fidelidad á su ley los conserva ó los restituye.

Sometemos esta obra al juicio del padre comun de los fieles y de nuestros superiores eclesiásticos; y anticipadamente retractamos todo lo que pudiera oponerse á la sagrada fé, de que es única depositaria la Iglesia de Jesucristo.